

Bases para una dialectología textual

RAMON MORILLO-VELARDE PEREZ
Universidad de Córdoba

I

En el curso de su desarrollo como disciplina científica la dialectología ha pasado por tres fases sucesivas, bien diferenciadas, cada una de las cuales la ha ido transformando profundamente, tanto en sus métodos, como de manera subrepticia, en su propio objeto.

La dialectología nació como una ciencia auxiliar de la gramática histórica e íntimamente determinada por ella en sus métodos (persecución de una "pureza dialectal", de un hipotético estadio anterior de los dialectos, conservado solo entre los hablantes más retirados de los lugares más recónditos) y, sobre todo, en sus objetivos: tratar de hallar una explicación a las cada vez más numerosas excepciones que se podía encontrar a las leyes fonéticas enunciadas desde la perspectiva de los neogramáticos. Por esta razón, la dialectología se enfrentó desde sus orígenes con el problema de los límites dialectales, problema que, en última instancia, implica el de la existencia o no de los dialectos como entidades distintas y separadas de las lenguas¹, y si hay dialectos regidos por leyes fonéticas convergentes, divergentes o paralelas a la de las lenguas se podrían explicar buen número de aparentes excepciones a las leyes fonéticas generales de aquellas, de modo que la existencia de los límites dialectales se convierte en salvaguardia de la existencia de las leyes fonéticas. De ahí que el positivismo propiciara el nacimiento de la dialectología científica, que desembocó rápidamente en una geografía lingüística lanzada en pos de la demostración de la realidad de tales límites. Pero los resultados fueron justamente opuestos a lo esperado. El intento de Atlas Germánico de Wenker fue el primer aviso serio, y la aparición del *Atlas Linguistique de France* permitió proclamar a Guilliéron, su autor, la "quiebra de la etimología fonética", al tiempo que afirmaba la inexistencia de límites dialectales rigurosos y asentaba la

¹ Vid. Iorgu Iordan, *Lingüística Románica. Evolución, corriente y métodos*. Trad. reelab. parcial y notas, Manuel Alvar, Madrid, 1967, p. 254.

idea de que cada palabra tiene su propia historia². La dialectología se convirtió, por tanto, en un arma arrojada del idealismo lingüístico contra el positivismo (lo que quizá pueda ayudar a explicar el excesivo encono con que algunos lingüistas acogieron la aparición del *Atlas* de Guilliéron³).

Solamente la prudencia metodológica de Ramón Menéndez-Pidal pudo restaurar el equilibrio de ambas tendencias, contemplando la relativa independencia de cada palabra en el seno del curso común de la ley fonética que, al igual que el agua de río arrastra las hojas al mar, las lleva hacia su destino particular y unitario al mismo tiempo⁴.

Las discusiones entre el positivismo y el idealismo lingüístico fueron cortadas de raíz por el cambio de orientación que supuso el advenimiento de la lingüística estructural. Este cambio no afectó, sin embargo, a la dialectología inicialmente, quizá porque ésta se encontraba absorta inaugurando los caminos abiertos por lo que consideraba su método por excelencia: la geografía lingüística, a la que, en los mismos años en que se expandían por Europa las ideas de Saussure y de los círculos de Praga y Copenhague, Jud y Jaberg dotaban de aportaciones fundamentales a través del AIS. Sin embargo, pese a lo que pudieran dar a entender las discusiones suscitadas en torno al trabajo de U. Weinreich "Is a structural dialectology possible?"⁵ en los años cincuenta, lo cierto es que los contactos entre dialectología y estructuralismo son muy tempranos, aunque no muy continuados. Le cabe el honor de iniciarlos, me parece, al propio N.S. Trubetzkoy, en un artículo aparecido en el n. IV de los TCLP, en 1931 (pp. 228-234), con el título "Fonología y geografía lingüística", en el que se señalaban los tres tipos fundamentales de variación fónica entre dialectos: variaciones fonológicas (subdivididas, a su vez, en variaciones de inventario y variaciones de función); fonéticas (que pueden ser absolutas o limitadas) y etimológicas (compensatorias o libres), así como el comportamiento que cada una de ellas presenta en su distribución geográfica. En este punto cometió, sin embargo, Trubetzkoy un serio error al señalar que los límites entre las variaciones fonológicas han de ser bruscos, pues un fonema puede existir en un dialecto o no existir, lo que no puede ser existir y no existir al mismo tiempo. El error de Trubetzkoy consiste en identificar implícitamente "dialecto" con "sistema fonológico", identificación que convierte dicha afirmación en una pura tautología si se le acepta, o en una aseveración que contradice la observación medianamente atenta de la realidad, si tomamos "dialecto" en su acepción más generalizada de "modalidad lingüística histórica y geográficamente delimitada".

² Vid. J. Guilliéron, *Pathologie et thérapeutique verbales*. III, París, 1921, p. 19.

³ Vid. *Lingüística románica*, pp. 314 y ss.

⁴ *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI* (9ª ed.), Madrid, 1980, p. 531.

⁵ En *Word*, 14, 1954, pp. 388-400. Reproducido en J. Fishman (ed.), *Reading in the Sociology of Language*, La Haya, 1972, pp. 303-19.

El error de Trubetzkoy tuvo quizás el efecto de relegar la dialectología a los sótanos de la lingüística estructural, puesto que, si la variación fonológica es imposible en el interior de un dialecto, su estudio sólo se podrá ocupar del análisis de la variación fonética o etimológica, que es lo que tradicionalmente venía haciendo, por lo que sólo podía encontrar ventajas en la utilización del complicado utillaje estructuralista en la comparación con los dialectos vecinos o con la lengua literaria, comparación a la que el estructuralismo se mostraba reacio arguyendo la necesidad de estudiar intrínsecamente cada sistema lingüístico y la falta de sentido de cualquier comparación intersistemática.

De este modo, con la excepción de la "Description phonologique du parler franco-provençal d'Hauteville (Savoie)", de A. Martinet, aparecido en 1939, se produjo un divorcio entre el estructuralismo y la dialectología, que duró hasta el año 1954, fecha de aparición del trabajo mencionado de U. Weinreich, en el que, como muestra su título, la posibilidad de una dialectología estructural es todavía una interrogante. Tal interrogación se resuelve, sin embargo, de manera afirmativa y Weinreich salva el hiato entre dialectología y estructuralismo mostrando que la comparación entre sistemas no sólo tiene sentido, sino que además resulta fructífera, dando como resultado la formación de los llamados "diasistemas", con lo que se puede dar cuenta de "las consecuencias sistemáticas de las diferencias parciales dentro de una estructura de similaridad parcial"⁶. El establecimiento de "diasistemas" exige, pues, analizar los datos dialectales como sistemas independientes, observando su funcionamiento, para después establecer el cotejo con sistemas vecinos o emparentados descritos por el mismo procedimiento. Este modo de operar obligó a la Dialectología a alterar la naturaleza de los datos: ya no se trata tanto de buscar lo diferencial, cuanto de observar el dialecto como totalidad, en su funcionamiento, para lo que importa tanto lo común, como lo particular. En suma, la introducción de los planteamientos estructurales en la dialectología la transformó en una disciplina muy diferente a la que había sido hasta entonces, una disciplina que ya no tenía como objeto hechos aislados diferenciales, sino estructuras de datos, es decir, sistemas lingüísticos.

Con la gramática generativa, la dialectología fue más afortunada, ya que los contactos entre ambas menudearon desde muy pronto. En ese acercamiento es posible distinguir dos etapas claramente diferenciadas:

A) Una primera etapa, que podríamos llamar presociolingüística, caracterizada por ser una mera reinterpretación, con el aparato conceptual generativista, de datos lingüísticos obtenidos por medio de los sistemas tradicionales de la dialectología. Cabe citar, en esta etapa, la primitiva aproximación de Morris Halle⁷, que cifra la variación dialectal, bien en una alteración de las reglas, bien en un cambio del orden en que las reglas se aplican, pero que presupone la identidad de

⁶ *Op. cit.*, p. 307.

⁷ "Phonology in Generative Grammar", *Word*, 18, 1962, pp. 54-72.

las formas abstractas de los morfemas del *lexicon*, lo que es tanto como negar la posibilidad de variaciones fonológicas de inventario entre dos dialectos; o la más comprensiva de R.D. King⁸, quien admite la existencia de una variación dialectal producida por cambios en la representación fonológica de los morfemas y cambios en el conjunto de reglas fonológicas por adición, pérdida, simplificación o alteración del orden de aplicación de dichas reglas.

En realidad, el interés de la gramática generativa por la dialectología tiene un origen muy similar al que sintió la gramática comparada decimonónica: se trata de explicar el problema del cambio lingüístico y, en última instancia, de agrupar para ello bajo una misma rúbrica lo que, de no ser así, se presenta como una excepción, sea a una "ley natural", en el caso de los neogramáticos, o, para los generativistas, a una "regla fonológica". Pese a ello, la variación lingüística continuó mostrándose irreductible. La conciencia de tal irreductibilidad condujo a la gramática generativa, a través, sobre todo, de W. Labov, a tener presente, como medio de explicarla, la variabilidad social y cultural de los hablantes.

B) Se entra así en la segunda etapa, sociolingüística, de las relaciones entre dialectología y gramática generativa. Pronto se comprobó, sin embargo, que, pese a que buena parte de la variación no determinada contextualmente podía explicarse por la diferente procedencia geográfica, social, sexual o estilística, quedaba todavía un reducto, al que Labov llamó "variación inherente", que únicamente podía ser formalizado afectando a las reglas que dan cuenta de tales fenómenos de un cuantificador que indicara el porcentaje en que una regla se aplica, en relación con el total de casos en que podría aplicarse: se llegó de este modo a la llamada "regla variable"⁹, cuyo mayor defecto, como ha sido ya reiteradas veces puesto de manifiesto⁹, es el de no ir más allá de una mera constatación estadística, pero sin explicar la génesis del estado que se refleja.

En cualquier caso, las investigaciones de Labov tuvieron el mérito de unir de manera indisoluble la dialectología y la sociolingüística, transformando a la primera (al menos con respecto a la que hasta entonces se hacía en España y desde entonces se está haciendo) en una ciencia bastante diferente, una ciencia cuyo objeto fundamental ya no es el dialecto en su estado puro, ni aun las estructuras de ese dialecto, sino el análisis de la variabilidad del lenguaje en todas y cada una de sus manifestaciones. No quiere decir esto que hasta Labov nadie hubiera observado la existencia de una variabilidad social, paralela a la geográfica, en el lenguaje (y ahí están los excelentes estudios de M. Alvar y G. Salvador, etc. Sobre las diferencias entre el habla masculina y femenina en algunas localidades

⁸ *Historical linguistics and Generative Grammar*, Englewood Cliffs (New Jersey), 1969.

⁹ Vid., p.e. J.B. Marcellesi y B. Gardin, *Introduction à la Sociolinguistique*, París, 1974. Hay traducción española, Madrid, 1980, p. 153 de la ed. original.

andaluzas, así como los restantes estudios del número 1 de la Revista *Orbis*¹⁰, dedicados a este mismo tema). Lo que interesa resaltar es que Labov y sus seguidores dieron sistematicidad a tales estudios y permitieron su integración en la dialectología al establecer la naturaleza constante de la variación social y su identidad con la variación espacial. Tal identificación fue realizada, más que por el propio Labov, por alguno de sus críticos, como David Decamp¹¹, quien, en su propuesta de análisis de un "continuum lingüístico *post-criollo*", aplica el paradigma de la variación espacial al estudio de la variación vertical y critica los métodos puramente estadísticos de la sociolingüística. Señala Decamp que cualquier dialectólogo tradicional se echaría las manos a la cabeza ante un atlas lingüístico que olvidara señalar los límites lingüísticos diferenciales y se limitara a exponer el porcentaje de hablantes de una determinada entidad geográfica en que el fenómeno se cumple (como si dijéramos, el porcentaje de hablantes de la provincia de Córdoba que sesea, etc.). Por el contrario, el dialectólogo localiza cuidadosamente cada fenómeno, delinea su isoglosa, tratando los datos lingüísticos como un espectro continuo al que fragmenta según su propia dinámica y no sobre la base de prejuicios geográficos. "¿Por qué --se pregunta Decamp-- tiene el sociolingüista que establecer una correlación entre los datos lingüísticos y categorías preconcebidas de edad, sexo, posición, educación, etc., intentando relacionar estas variables no lingüísticas con datos lingüísticos?" Decamp propone ordenar los datos lingüísticos como un *continuum* interno, sin referencia a los datos socioculturales y sólo después acudir a éstos para explicar el *continuum*.

La sugerencia de Decamp completa el círculo de aproximación entre dialectología y sociolingüística. Si ésta ha obligado a los dialectólogos a tomar en consideración datos que antes se despreciaban, aquella ha aportado a ésta su concepción de la variabilidad lingüística, obligando a ver el espectro social de la misma manera que se contempla la variación en el ámbito geográfico, lo que, en última instancia, se traduce en la reunificación de ambas disciplinas en una sola que, como apuntábamos más arriba, tiene como objeto de estudio todas las dimensiones de la variabilidad del lenguaje.

El último replanteamiento que las ciencias lingüísticas han sufrido es de naturaleza distinta a los dos acaecidos en lo que va de siglo. Si el estructuralismo y la gramática generativa aspiraban a propiciar la sustitución de los paradigmas vigentes hasta entonces por otros nuevos, afectando a la totalidad de la concepción del lenguaje, la nueva orientación nace respetando en lo esencial el paradigma

¹⁰ Vid. M. Alvar, "Diferencias en el habla de Puebla de Don Fadrique", RFE, XL, 1956, pp. 1-32 y G. Salvador, "Fonética masculina y fonética femenina en el habla de Vertientes y Tarifa (Granada)", en *Orbis*, I, 1952, pp. 19-29. También el resto de ese número, de carácter monográfico sobre el tema.

¹¹ Vid. "Toward a generative analysis of a post-creole speech continuum", en Dell Hymes (ed.), *Pidginization and creollization of Languages*, Cambridge, 1977 (reimp.), pp. 349-70.

generativo, pero dirigiendo su mirada hacia un campo que hasta ese momento, tanto el estructuralismo, como la gramática generativa habían ignorado casi sistemáticamente: *el texto*.

II

La principal preocupación de la lingüística del texto ha sido, hasta el presente, demostrar que el texto es una unidad de la lengua, equiparable a la oración y definible como la manifestación *-ética* de una estructura *-émica*, cuyo significado es algo más que la mera acumulación de los significados parciales de las frases que lo constituyen¹². Semejante preocupación --lógica, por otra parte-- ha hecho que se orientara fundamentalmente hacia la investigación de los elementos constantes subyacentes a la diversidad de manifestaciones discursivas, en busca de determinar los rasgos definitorios del texto como unidad lingüística, por encima de tales manifestaciones. En este sentido, la lingüística textual se comporta de manera parecida al estructuralismo en los primeros años de su desarrollo cuando, ante todo, pretendía aislar las unidades "-émicas" de la lengua y establecer sus relaciones estructurales en el seno del sistema al que pertenecían. Lógicamente este estado de cosas, tanto en un caso, como en otro, es escasamente propicio para que pueda haber una confluencia con los intereses, en apariencia diametralmente opuestos, de la dialectología, y eso explica que, hasta ahora no haya habido el más mínimo intento de aproximación entre ésta y la lingüística del texto. Hay también una segunda razón, tan importante como la primera, que justifica el amplio divorcio existente entre ambas disciplinas. La lingüística del texto nace, como se sabe, como un desarrollo de las últimas etapas de la gramática y, sobre todo, de la semántica generativa. Sucede, sin embargo, que la sintaxis y la semántica son aspectos que la dialectología apenas ha llegado a rozar hasta el momento, centrada como ha estado en los niveles fónico y lexicológicos del lenguaje. Esto hace que el retraso de la dialectología en el conocimiento del funcionamiento real de las hablas que investiga sea notable. Al mismo tiempo, es posible que una de las razones por las que en los últimos años se ha producido un patente declive en la semántica y en la gramática generativa (que puede afectar también a la lingüística del texto, si no se remedia) ha sido haber vuelto la espalda a la lengua real, creando complicados aparatos descriptivos para dar cuenta de una serie reiterada de ejemplos artificiales; así como el obstinado intento de modelizar la competencia ideal de un hablante oyente ideal, lo que convierte el objeto formal de la gramática generativa en un ente de ficción.

Consiguientemente, la eficacia operativa de cualquier modelo lingüístico solamente podrá ser contrastada en su enfrentamiento con la lengua de todos los

¹² El carácter de unidad y nivel lingüístico del texto queda ya explícitamente puesto de manifiesto en T. Van Dijk, *Some aspects of Text-grammar*, La Haya, 1972.

días, ante la que la dialectología ocupa una posición privilegiada como observadora. Es, pues, necesario y hasta urgente salvar el hiato que separa la lingüística teórica de la dialectología con el fin de que la segunda pueda dar cuenta de los aspectos sintáctico-semánticos de las hablas populares, ahora preteridos; y la primera pueda medir la capacidad descriptiva y explicativa real de sus constructos teóricos, contrastándolos con "corpora" de datos más extensos y diversos que aquellos en los que inicialmente se originaron. Ciertamente esta deseable aproximación choca con un inconveniente teórico de gran envergadura: en tanto la dialectología ha de moverse forzosamente en la concreción de los datos empíricos que colecta, la actual lingüística teórica parece empeñada en caminar por el sendero de las grandes abstracciones hipotético-deductivas, buscando el más alto grado posible de formalización de los fenómenos lingüísticos. Pero, si la demasía empirista puede conducir a la atomización de los datos, impidiendo que estos se encajen en esquemas teóricos más amplios, el exceso formalizador se aboca a una simplificación no deseable de los fenómenos lingüísticos que se interpretan. Se impone, por tanto, utilizar un modo de pensamiento en el que ambos extremos, igualmente necesarios para la comprensión del funcionamiento y naturaleza del lenguaje, puedan encontrarse. En este sentido, solamente la semiótica puede ofrecernos el método apropiado, a través de su concepto de abducción, entendida como forma de pensamiento diferenciada de la deducción y de la inducción¹³.

Frente a la *deducción* que consiste en predecir un dato de la experiencia a partir de una regla general y un caso; y a la *inducción*, en la que se obtiene una regla general a partir de la experiencia y los casos, la *abducción* es un proceso de inferencia por el que se establece un caso que conecta una regla general con un dato de la experiencia. Así, si es un ejemplo de deducción: *Todo hombre es mortal* (regla general), *Sócrates es hombre* (caso), luego *Sócrates es mortal* (dato predicho de la experiencia); y es un ejemplo de inducción: *Sócrates es mortal* (dato de la experiencia), *Sócrates es hombre*, luego (posiblemente) *Todo hombre es mortal* (regla general); será un ejemplo de abducción: *Sócrates es mortal* (dato de la experiencia), *Todo hombre es mortal*, (regla general), luego (probablemente) *Sócrates pertenece a la clase de los hombres* (caso)¹⁴.

¹³ La abducción fue definida por Charles Sander Peirce como "un método para formar una predicción sin ninguna verdadera seguridad de que tendrá éxito, sea en un caso especial, o con carácter general, teniendo como justificación que es la única esperanza posible de regular nuestra conducta futura racionalmente, que la inducción, partiendo de experiencias pasadas, nos alienta fuertemente a esperar que tendrá éxito en el futuro (2.270). A propósito de la abducción se puede ver también ahora M.A. Bonfantini, *La semiosi e l'abduzione*, Milán, 1987; así como, en español, Angel Herrero, *Semiótica y creatividad. La lógica abductiva*, Madrid, 1988, esp. pp. 16-19.

¹⁴ Vid. U. Eco, *Signo*, Barcelona, 1976, pp. 133-36 y *Tratado de Semiótica General*, Barcelona, 1977, pp. 234 y ss.; así como A. Herrero, *op. cit., loc. cit.*

Como se ve, la abducción consiste en una hipótesis no probada para fundamentar una conexión previa, construida sobre la base de premisas inseguras (Sócrates, aún siendo mortal, puede ser sólo un perro, etc.) que, por tanto, ha de ser comprobada por medio de nuevas inducciones y controles deductivos. Eso no quita, sin embargo, que la abducción esté continuamente presente en nuestras vidas. Como señala Umberto Eco¹⁵, la percepción, o, mejor, la interpretación de la percepción es una forma de abducción, quizás la más simple, pues es el movimiento por el cual encajamos los datos de la experiencia en nuestros esquemas culturales (una sombra entrevista en un callejón oscuro sólo cobra sentido cuando la identifico con el esquema cultural "gato". Pero no llegará a cobrarlo nunca si desconozco ese animal o pertenece a un animal no existente en mis esquemas culturales, en cuyo caso la sombra oscura permanecerá como mera sensación). Por el mismo motivo, el reconocimiento de la naturaleza "-émica" de un enunciado constituye también un acto de abducción. En otras palabras, es la abducción lo que nos permite identificar el código o subcódigo en que está cifrado un mensaje. El método abductivo puede constituirse, pues, en el puente ideal que permita salvar el abismo que media entre la dialectología y la lingüística teórica de los últimos años, entre la observación atenta de la realidad empírica del lenguaje y los sistemas hipotético deductivos que aquella presenta como modelos de la misma, aunque para ello habrá que alterar la naturaleza de los principios generales que constituyen los constructos teóricos de la lingüística general, que no deberán contemplarse como elementos de una teoría, sino como *Categorías de análisis*, esto es, postulados hipotéticos que la verificación empírica habrá de confirmar o desmentir.

Estos principios generales proceden esencialmente de tres fuentes distintas: la semiótica, la lingüística del texto y la teoría de la enunciación (nombre que quiere englobar la teoría de los *actos de habla*, desarrollada en Inglaterra especialmente a partir de los trabajos de Austin, así como algunas investigaciones posteriores en la misma línea). Las tres fuentes, aunque diversas entre sí, presentan, al menos, una cosa en común: su interés por lo que, de manera genérica y un tanto imprecisa, podríamos denominar, siguiendo a Coseriu, la teoría del hablar. Las tres intentan además realizar su propósito superando el marco de la lingüística tradicional, es decir, rebasando los límites de la frase. Podríamos decir que estas tres disciplinas constituyen los tres pilares básicos en los que fundamentar una teoría general del texto lingüístico, entendido en un sentido amplio que definimos a continuación.

Entendemos por texto lingüístico una estructura informativa verbal, unitaria y cerrada, compuesta por al menos un enunciado y producto de al menos un acto de enunciación.

¹⁵ *Signo*, pp. 134-35.

Un enunciado es, siguiendo a O. Ducrot¹⁶, "un observable lingüístico, manifestación *hic et nunc* de una o varias frases, dotado de "autonomía", entendiendo por tal la satisfacción de dos condiciones: la cohesión, es decir, la elección de sus constituyentes en función de la elección del conjunto, y la independencia, esto es, que su elección no esté determinada por la elección de un conjunto más vasto del que forma parte".

El acto de la enunciación comprende tanto la actividad psicofisiológica de la producción del enunciado (con el juego de influencias sociales que la condicionan), como el acontecimiento "histórico" constituido por la aparición de un enunciado. Ambos elementos se dan habitualmente juntos, pero la coincidencia no siempre es necesaria y ello permite el que en un mismo acto de enunciación, entendido en la primera acepción, puedan aparecer enunciados (también enunciaciones) atribuibles a sujetos distintos al emisor psicofisiológico¹⁷.

A partir de esta definición del concepto de texto (que creo razonable y, en líneas generales bastante aceptada) no es posible, sin embargo, fundamentar una teoría del texto como unidad de lengua si no se tienen presente dos aspectos importantes: el primero concierne a los límites del texto el segundo a los posibles tipos de texto.

El problema de los límites del texto ha sido, a mi parecer, bastante desatendido en la moderna lingüística del texto, pese a que, en algún caso, se considere la noción de *clausura* como elemento sustancial que denota la existencia del mismo¹⁸. No deja, por ello, de ser sorprendente que A. García Berrio y A. Vera Luján despachen el problema de los límites del texto afirmando que "La delimitación del texto depende sencillamente de la intención comunicativa del hablante, de lo que él conciba y quiera comunicar como conjunto de unidades lingüísticas vinculadas en un conglomerado total de intención comunicativa"¹⁹.

La dependencia de la limitación textual exclusivamente de la intención comunicativa del emisor queda, sin embargo, en entredicho sólo unas líneas más abajo cuando se advierte, al hablar de la posibilidad de que un texto comprenda en sí varios textos menores (como, por ejemplo, los distintos apartados de un discurso político) que, "en la intención del hablante y *del oyente* constará todo aquello, *si está bien construido, y así se percibe y aprecia*, como un conjunto global de unidad comunicativa..."²⁰.

¹⁶ *El decir y lo dicho. (Polifonía de la enunciación)*, Barcelona, 1986, pp. 178 y ss.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 180.

¹⁸ Vid. J. Lozano, C. Peña-Marín y G. Abril, *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, Madrid, 1982, p. 18.

¹⁹ *Fundamentos de teoría lingüística*, Madrid, 1977, p. 177. Planteamiento algo simplista que volvemos a encontrar en H. Weinreich, *Lenguaje en textos*, Madrid, 1989, p. 8.

²⁰ *Ibid.* El subrayado es mío.

No es por tanto sólo la "intención comunicativa" del emisor la responsable de los límites del texto, sino que, a lo que parece, también lo es la intención del receptor de apreciarlo como tal, e incluso parece haber un tercer elemento, independiente de la voluntad de uno y de otro, como es el que el presunto texto "esté bien construído" (suponiendo, claro está, que el emisor tenga siempre la intención de construir bien sus textos y no siempre lo consiga).

En suma, el problema se puede simplificar bastante si admitimos que la "intención comunicativa del hablante" se plasma en el texto por medio de unos elementos que funcionan como *demarcadores*, con lo cual no hacemos sino establecer una analogía con otras unidades lingüísticas también provistas de tales funciones demarcativas. De este modo, la limitación del texto depende, en parte, de la voluntad del emisor, en parte de la propia dinámica del texto (razón por la que el propio emisor se puede ver obligado a iniciar un nuevo texto si, una vez concluído el anterior, quiere volver sobre el tema o núcleo comunicativo del mismo.) y es completamente independiente de la voluntad del receptor, quien podrá captar o no las marcas delimitativas, pero eso será un problema de entropía comunicativa y, en ningún caso, un factor fundamental de la producción del texto. Se resuelve fácilmente el problema admitiendo que un texto se caracteriza teleológicamente por contener una propuesta de designación, o una propuesta de designación y una propuesta de actuación conjuntamente. Por designación hay que entender, siguiendo a E. Coseriu²¹, la realización concreta, por insertarse en un entorno determinado, de la virtualidad que supone la significación. Por actuación habría que entender la existencia, patente o no, de lo que J. Searle denomina "indicadores de fuerza ilocucionaria", salvo los de "afirmación" o "aseveración", que se incluyen en la propuesta designativa pura²². Considero además que el texto es una propuesta porque la realización efectiva de la designación y de la acción sólo se obtienen cuando encuentra respuesta en el receptor, sea bajo la forma de comprensión de lo designado, o como admisión, rechazo o ejecución de la propuesta actuativa. Tales necesidades justifican que el texto sea, por naturaleza, limitado, si no se quiere que nazca condenado a no poder cumplir ninguna de las posibles funciones para las que nace, lo cual carece absolutamente de sentido.

El segundo aspecto a que hacíamos referencia más arriba es más importante, con mucho, para nuestro propósito. Ciertamente, los intentos de establecer una tipología de los textos están muy lejos de ofrecer resultados concluyentes, pese a que tales intentos son bastante más antiguos que la consideración del texto como unidad del lenguaje. La única tipología de esta clase que nos puede resultar útil se encuentra en la teoría de los actos de habla. Tiene, sin embargo, el inconveniente de que no resulta fácil establecer la correlación texto-acto de habla, en

²¹ Vid. "Para una semántica diacrónica estructural", en *Principios de semántica estructural*, Madrid, 1977, pp. 130 y ss. y 185 y ss.

²² Vid. *Actos de habla*, trad. C.M. Valdés Villanueva, Madrid, 1980, pp. 32 y ss.

tanto en cuanto un mismo texto puede contener distintos actos de habla. El puente que permite unir texto y acto de habla quizá haya que buscarlo en el concepto de "macro-acto de habla", introducido por Teun A. Van Dijk²³, para el cual "Ciertas secuencias de varios actos de habla pueden ser pensados y entendidos y, por tanto, funcionan socialmente, como un solo acto de habla. Tal acto de habla realizado por una secuencia de actos de habla se denominará acto global de habla o MACRO-ACTO DE HABLA"²⁴.

Un macro-acto de habla sí que puede ser identificado siempre como un texto y de ahí que, según Van Dijk, "una de las bases para distinguir diferentes TIPOS DE DISCURSOS, tales como narraciones o anuncios, es la posibilidad de asignar un macro-acto de habla, simple o complejo, a la producción de tal discurso"²⁵.

Lo que ya no realiza Van Dijk es precisamente lo que hubiera sido más útil a nuestros fines, esto es, un inventario, lo más completo posible, de macro-actos de habla, sin el cual no resulta posible clasificar los tipos de discurso.

Hay además un punto que resulta necesario esclarecer previamente: ¿por qué es importante para la fundamentación de una dialectología textual la existencia de una clasificación de los discursos? Esta pregunta sería innecesaria si la dialectología se hubiera planteado en algún momento la naturaleza de la variación dialectal de unidades lingüísticas afines al texto, como, por ejemplo, la oración. Pero sucede que, mientras los dialectólogos han estudiado pormenorizadamente cómo varían los sistemas fónicos y morfológico de la lengua en su dispersión geográfica o social, no han acertado a cuestionarse en qué puede consistir la variación sintáctica y, por ello, los intentos de establecerla resultan tan escandalosamente pobres²⁶. Parece obvio que la divergencia sintáctica entre dos dialectos o entre un dialecto y la lengua estándar no van a consistir en la ausencia en uno de ellos de la articulación sujeto-predicado como factor constitutivo de la oración, ni en la ausencia de formas oracionales, tales como las atributivas, transitivas, intransitivas, etc.; ni tan siquiera puede, aunque eso es más dudoso, que por la no existencia de tipos oracionales complejos, como las concesivas, consecutivas, causales, etc. Por el contrario, la diversidad sintáctica dialectal se producirá, de existir, en las formas de expresión de estos tipos oracionales, o en el distinto valor que se asigne a formas comunes o, en el mejor de los casos, en la diversidad estructural con que estos tipos oracionales se presenten en los distintos sistemas sintácticos implicados. Lo cierto es que, de todas formas, resultaría absolutamente imposible

²³ Vid. *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*, trad. Juan Domingo Moyano, Madrid, 1980, pp. 332 y ss.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*, p. 340.

²⁶ Vid. a este respecto los trabajos de A. Narbona Jiménez, "Problemas de sintaxis andaluza" en *Analecta Malacitana*, II, 2, 1979, pp. 245-285, esp. p. 246 y "Problemas de sintaxis coloquial andaluza", *R.S.E.L.*, 16.2, 1986, pp. 229-75.

estudiar la variación que existe entre dos dialectos en el nivel sintáctico partiendo del hecho de que toda oración es el producto de la articulación de un sujeto con un predicado. Por el contrario, tal estudio requeriría el conocimiento previo de los tipos de oraciones existentes en ambos dialectos, sus formas y estructuras, de manera que se pudiera establecer la comparación entre los tres niveles para llegar a determinar su correspondiente diastema sintáctico. Algo parecido sucede en el caso de texto. No basta para determinar la existencia de una variación textual entre dialectos, niveles sociales o estilos partir de la noción de texto que apuntábamos arriba, pues con ello no podemos encontrar materiales homogéneos que nos permitan realizar la comparación entre éstos, sino que precisamos analizar tipos definidos de textos existentes en distintos dialectos, niveles sociales o estilos para observar qué similitudes y diferencias nos presentan en su forma de demarcación, en su forma de coherencia y, sobre todo, en su forma de organización. Es decir, tenemos que partir de textos que cumplan funciones idénticas para determinar si existen formas variables de cumplir tales funciones que puedan ser atribuidas a diferencias geográficas, sociales o estilísticas. Pese a que no disponemos de una tipología de textos análoga o comparable a las distintas tipologías oracionales, sí podemos operar con tipos de textos reconocibles intuitivamente, tales como "la narración"; "la descripción"; etc. e intentar observar en ellos si existen diferencias dialectales.

La búsqueda de tales diferencias tropieza, sin embargo, con un inconveniente añadido. R. Jakobson²⁷ estableció que en el proceso de selección y combinación que constituye la producción de mensajes verbales, a medida que aumentamos la complejidad de las unidades lingüísticas que utilizamos, aumenta también el número de posibilidades entre las que realizar la elección. Cabe suponer que, siendo el texto la unidad lingüística más compleja, las posibilidades de producción de un determinado tipo de texto nos ofrecerá la mayor gama de posibilidades en la forma del mismo, razón por la cual resultará extremadamente difícil saber si las variaciones corresponden a diferencias lingüísticas o a la simple preferencia por determinadas posibilidades electivas. Es decir, no va a resultar fácil determinar si estamos en el campo de estudio de la dialectología o nos movemos sin salirnos de una simple estilística, aunque, en cualquier caso, la variación estilística es también una parte de la dialectal y, lo mismo que en determinadas áreas la variación social resulta más importante que la puramente geográfica, bien pudiera darse el caso de que, en el nivel textual, la diferenciación estilística se sobreponga a la diferenciación geográfica e incluso a la social.

²⁷ Vid. R. Jakobson, "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos" en R. Jakobson y M. Halle, *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, 1973 (2ª ed.), pp. 98 y ss., esp. p. 108.

III

Hora es ya de abandonar una especulación teórica que no puede conducirnos mucho más lejos de donde nos ha llevado y venir a comprobar en la práctica la posible existencia de la variación textual desde un punto de vista dialectal. Para ello hemos escogido cuatro textos de diferente origen y procedencia geográfica, pero muy homogéneos entre sí, desde una perspectiva textual. Los cuatro textos son descripciones que la fabricación del queso en diferentes ámbitos geográficos y producidos por emisores de muy diversa índole. Tres de ellos son textos propiamente dialectales, en tanto el cuarto, ni siquiera es coloquial, sino que constituye un fragmento de una obra enciclopédica sobre la provincia de Córdoba, en cuya sección de Antropología se encuentra la citada descripción. La inclusión de un texto "Literario", en el sentido amplio de opuesto al texto verbal espontáneo, me parece obligada, dado que nuestros conocimientos de las diferencias entre ambos subcódigos lingüísticos se encuentran absolutamente en precario y, sin embargo, tal conocimiento es imprescindible para atribuir con sentido el carácter de dialectal a una variedad lingüística. Por otra parte, al trabajar con un texto literario y tres coloquiales, todo aquello que compartan los tres primeros y esté ausente del último, podremos considerarlo de manera bastante fiable como propio del subcódigo coloquial y, por tanto, objeto de pleno derecho de estudio de la Femología o Femiología, propugnada por Gregorio Salvador, de la cual la dialectología es sólo una parte integrante²⁸.

Los textos analizados, con indicación de su fuente, son los siguientes:

TEXTO LITERARIO

(II)

Queso. La elaboración del queso de oveja que diera fama a las comarcas del norte de Córdoba ha quedado limitada en su producción a un número muy reducido de pueblos, destacando únicamente Belalcázar, por constituir aún una práctica generalizada entre sus ganaderos --con un cálculo estimado entre 1984 y 1985 de más de 10.000 kilogramos de producción-- pudiendo encontrarlo también de forma mucho más esporádica entre los ovejeros de otras poblaciones como Hinojosa del Duque y Villaralto.

El tiempo en que tradicionalmente se ha hecho el queso daba comienzo a partir de mediados de marzo, cuando se criaban los "corderos de hierba" --suficientemente alimentados con hierba, sin tener que echarles tampoco a las madres pienso-- nacidos antes de "los santos". Comienzo que siempre está condicionado por como se encuentre el campo de hierba.

Después de vendidos los borregos aún se aprovechaba la leche de las madres durante un mes, habiéndose calculado la existencia de ovejas en condiciones de producir leche para el queso, hasta dar por terminada la temporada en la primera quincena de mayo, al comenzar a secarse los pastizales. Actualmente este periodo de tiempo puede alargarse por su comienzo,

²⁸ Vid. "La investigación de los textos hablados", en R.S.E.L., 7, 1977, pp. 59-68.

empezando a producir queso desde el mes de enero, al estar mejor alimentadas las ovejas que en el pasado.

El proceso de la elaboración comenzaría con la preparación del aprisco para el ordeño, formado por una calle alargada con sus laterales de estacas entrecruzadas, alcancillas, etc. y con una anchura de tres "suelas" --pies-- por hombre que ordeñe, calculado para que los animales queden apretados sin poder moverse.

El aprisco queda al aire libre, ordeñándose --por la mañana y a mediodía-- allí mismo, con el empleo de la "herrada" que permiten < sic > por su forma ser sostenidas sin que puedan tirarlas el animal < sic > .

Un primer filtrado de la leche, se hará empleando un colador con soporte de madera y senos de filtros de esparto que retiene la suciedad más gruesa que haya caído de la herrada. A continuación, ya en la quesera, es nuevamente filtrado en la "zufra" o "zafra" --antiguamente ollas de barro vidriadas hechas para este fin en Hinojosa del Duque-- mediante un filtro compuesto por cinco trozos de lienzo fino de los que solo el inferior estará amarrado a la boca del recipiente, para poder mover o cambiar los demás cuando estén sucios. La zafra se ha dispuesto cerca del fuego con el fin de retardar el enfriamiento de la leche.

A continuación se le añadirá el "cuajo", actualmente de origen industrial, mientras que antes había que prepararlo en un "puchero" de barro hinojoseño, donde se mezclaba con el agua "la hierba de cuajar" procedente de Extremadura. Cuando había reposado veinticuatro horas se le añadía a la leche un "chorreón a ojo" condicionando el "pique" que tuviera el queso: a más cuajo mayor pique.

Aplicado el cuajo en la zafra, se removía ligeramente la leche con un palo, considerando su limpieza y cuidado como un factor primordial por los viejos pastores < sic > . Después la leche se dejará reposar, cuajándose en un plazo de dos o tres horas, para "picarla" entonces con la ayuda del mismo palo --actualmente se desmenuzará por completo con ayuda de "liras", formadas por rectángulos de metal cruzados por alambres paralelos longitudinalmente--.

Batido el cuajo sobre el "estremijo" --"entremijo"-- se disponen las esterillas o "cinchos" formando un círculo que se irá rellenando de cuajo, empleando un cazo metálico. Con la mano se va aplastando la masa, y apretando el cincho. La cuajá < sic > se "espica", pellizcándose formando pequeño grumos con el fin de extraerle lo que queda de suero; operación que se repetirá después del primer aprieto, soltando el cincho, picando el cuajo, y volviéndolo a apretar.

Una vez hecho, el queso se coloca entre dos tablas estriadas que faciliten la salida del líquido y den consistencia a la corteza. Sobre la tabla superior se le colocará una piedra, variando en su peso según la resistencia del cincho, dado que éstos se irán "venciendo" con el uso, disminuyendo su anchura y resistencia.

La fase de prensado dura veinticuatro horas, tras la cual se le retira el cincho, se sala con sal común --una cucharada por cada cara y restregándose < sic > por los lados--, y se depositan en el almacén. Durante los dos meses siguientes, diariamente se irá cambiando el queso de cara y volteando a la vez la tabla del estante para que también se oree. Pasados estos sesenta días ya puede consumirse el queso: para conservarlos se lavará con agua templada y

frotará con un capillo, dejándolo secar un par de días e introduciéndose seguidamente en aceite o salmuera.

El lugar donde se elabora o "quesera" no requiere ninguna condición previa, habiéndose utilizado incluso las propias cocinas de las viviendas del pastor. Solo el almacén requiere condiciones especiales, para favorecer el oreado del queso, sin que quede expuesto a vientos que puedan secarlo rápidamente, por lo que no debe estar orientado hacia el este ni hacia el sur, orientándose con preferencia hacia el noroeste, colocándose en su interior los estantes de madera que sostendrán los quesos.

Su elaboración ha sido tradicionalmente labor de hombres, de los "mayorales" o pastores, precisándose hasta una media de doscientas veinticinco ovejas, a tres personas para el ordeño y elaboración de la leche: dos pastores ordeñando en el aprisco --"aprisqueros"--, y uno encargado de la quesera --"queserero"--. Los dos primeros no podrán intervenir en la elaboración del queso por la especial sensibilidad que adquieren las manos del queserero con la continua manipulación del cuajo, infectándose rápidamente cualquier pinchazo o herida que le impediría trabajar varios días.

Por este trabajo no recibirán un sueldo específico, manteniendo el de pastores, pero llevándose en quesos la cantidad que le corresponda por el número de ovejas propias que tenga en el rebaño, y un diez por ciento --a repartir entre todos los que participan en la elaboración-- del total de quesos que se hayan producido.

La comercialización del queso se realizará desde las propias viviendas de los ganaderos, no soliendo rebasar su consumo el marco local, vendiéndose directamente a los consumidores."

(Francisco Luque-Romero Alborno; Juan Agudo Torrico; José Cobo Ruiz de Adana: "Cultura material de carácter tradicional en la provincia de Córdoba". Apud. *Córdoba y su provincia*, vol. IV, Sevilla, 1986, pp. 151a-152a.)

TEXTO DE CORIA (Cáceres)²⁹ (TC)

"De las vacas no se hace muy bien, no, las vacas, no son todas las personas que lo saben hacer; hay muchos que no son capaces de hacerlo.

Se ordeña en los cubitos, en los cubos, y luego después se cuela la leche bien colada y se le echa cuajo."

-¿Cuajo qué es?

"Cuajo, mire usted, los cabritos se matan y..., los carniceros..., y luego, el buche, ¡vamos! el bandojo <? > que se llama, uno de adentro, donde le para la comida, pues entonces no es comida, es leche ¿no? Aquella leche, cuando lo matan, se queda cuajada, y de eso se parte cachito y se mete a la leche, se queda echa un queso."

-¿Qué es? ¿Cómo un polvo que se le echa?

²⁹ En este texto y en los dos siguientes prescindo de la transcripción fonética y normalizo la ortografía.

"Polvo no, líquido, pero el líquido está seco, ivamos!, eso que le queda dentro se queda seco. Se hace un trocito así, se corta un cachito tierno y se echa en un poquito de agua; después se echa a la leche, y luego después hay una cosa que le llaman cinchos: un bicho así de largo que se hace redondo, con un agujero, donde está el queso: una cosa así de lata, por ejemplo, así de larga. Luego después, se coge, se hace así redondo y allí, allí se echa la cuajada. Luego después, cuando pasan ya, por ejemplo ocho o diez horas, pues se le quita el cincho, y ya queda hecho el queso."

-¿Y se come en seguida o se guarda?

"Eso como uno quiera. El queso se guarda y se cura para duro. Está muy bueno. Hay quien le gusta mejor duro que blando, pero, yo, me parece que está mejor blando."

-¿Es mejor en verano, o en invierno?

"El queso de abril, para mí y el de mayo, para mi amo."

Es un refrán. Y es verdad. En abril es mejor. El queso después ya no es como ahora, ni mucho menos. El queso ahora, estando bien hecho, lo partes y a lo mejor no tiene ojo ninguno, ivamos!, será un bujerino, bujerino, bujerino. El queso después viene para adelante. Calienta el sol. Pues ya se levanta más.

Mire usted, esta es la cuajada, esa la leche. Hay que tenerla ahí a la lumbre, porque ahora todavía hace frío ¿no?. Este es el queso. Estos son los de..., los de esta mañana. Los de anoche. Esto es el seclacinchito. Estos son juncos. Mire, ahora que no son todos los terrenos que lo hacen así. Bueno, ya sabe usted cómo se hace el queso."

(J. Cummins, *El habla de Cotia y sus cercanías*, Londres, 1974, p. 183).

TEXTO DE BELALCAZAR (CORDOBA)

(TB)

"El queso: se sale del ordeño. En un biombo que tenemos de la leche se le ponen seis trapos, se cuele; se le echa una ración que se comprenda uno de hierba cuajo, que aquí es que lo hacemos con hierba cuajo, hasta que cuaja, luego ya se echa en el cincho; o sea, se le..., yo normalmente me parece que son seis, seis cazos o siete lo que le echo, que lo tengo calculado para que salgan de kilo y pico. O sea, que se empieza a suerar, y cuando ya tengo comprendido de estar suerado, o sea, pues lo pico, lo arreojo, y lo suero otro poco. Le doy otra vuelta, le doy otro apretón, luego, o sea, que le doy otra vuelta, lo pico de arriba, y le doy otra vuelta. O sea, lleva tres vueltas el queso. Una vez que se... ya va suerado, se arreoje primero una, luego se le da otra vuelta, luego se le da otra vuelta... Luego ya se deja. Se le pone una tabla; se le pone una piedrecita para que suere, vaya suerando ahí a poco a poco un poco: una piedrecita de un kilo o por ahí, aproximadamente. Luego ya se quita la tablilla; luego ya, a las seis o siete horas, se le quita el atablillado: la piedra y la tablilla: se le echa una cucharada de sal, pero no más. Normalmente se le extiende. Luego ya, dos o tres días, o sea, se le quita el cincho, se le arrecortan lo que le dicen las arrecortaduras, y ya se sala por el lado un poco con la mano, y por el lado hasta abajo también: y del lado que ha estado, ivamos!, con la tablilla, pues ya se pone sal por el otro lado."

(El texto pertenece a una encuesta realizada por mí en Agosto de 1978, en Belalcázar. El informante era un pastor, de nombre Antoñuelo, que entonces contaba cuarenta y cinco años, completamente analfabeto.)

TEXTO DE TAGANANA (ISLA DE TENERIFE)

(II)

"Se ordeña la vaca con una lata de cinco o seis litros; se cuele la leche y se echa el cuajo dentro de la leche y se mezcla para que la leche se cuaje. Cuando la leche se cuaja, se hace un panal que se llama cuajada. Luego se le quita el suero, que le decimos; luego, la cuajada se pone en una empleita y en una quesera. La quesera es como una tabla debajo para que escurra el suero y en el arco de lata que es la empleita se llena de cuajada y se aprieta un poco y se tapa con una tablita y se pone sal. Y ya está hecho el queso."

Manuel Alvar, *Textos hispánicos dialectales. Antología histórica*, II. Madrid, 1960, p. 601.

Que los cuatro textos escogidos pertenecen a un tipo único es algo que salta a la vista por varios motivos:

En primer lugar, los cuatro constituyen posibles respuestas a una pregunta formulada en términos iguales o parecidos a "¿cómo se fabrica el queso?".

En segundo lugar, porque todos ellos se articulan estableciendo, por procedimientos diversos, según veremos más adelante, una seriación cronológica de las distintas "acciones" que los componen.

Y, en tercer lugar, porque comparten una serie de rasgos semánticos y sintácticos, entre los que cabe destacar:

a) La posibilidad de sumarización o titulación mediante un sustantivo postverbal abstracto derivado de verbos factitivos (del tipo "realizar", "construir", "fabricar", etc.) y un sustantivo generalmente concreto, precedido de la preposición *de*, que designa el objeto o resultado del proceso que se describe en el texto.

b) La expresión de los núcleos temáticos fundamentales (a los que podríamos denominar dándole a la palabra un sentido parecido al que tiene en inglés, o al que se le daba en la antigua retórica, *tópicos*) por medio de infinitivos, participios sustantivados o derivados postverbales concretos (por ejemplo, "ordeño", "cuajar" o "encinchado", "atablillado", etc.), o abstractos, esto es, todos aquellos términos que en un diccionario se definen como "acción de" + infinitivo.

c) El predominio, a lo largo de los cuatro textos, de construcciones impersonales reflejas, pasivas reflejas o pasivas-impersonales reflejas, esto es, oraciones con verbos incrementados con *se* ni reflexivo, ni medial.

La presencia conjunta de los tres rasgos permite definir una clase particular de textos cuya finalidad es la de describir las operaciones necesarias para llegar a un resultado propuesto previamente. Dentro de esta clase pueden incluirse infinidad de textos, desde las recetas de cocina, hasta las instrucciones para construir un reactor nuclear. En todos los casos, los textos de este tipo poseerán los

rasgos *a* y *b*, no así, sin embargo, el *c*. En efecto, no resulta difícil imaginar otras formas posibles (aunque puede que no del todo equivalentes) de organización sintáctica de un conjunto de "instrucciones" de esta clase. Se pueden establecer dos grandes bloques de variaciones posibles, combinables entre sí: variaciones del sujeto; y variaciones del tiempo-modo verbal.

Dentro de las primeras, el sujeto puede ser la primera persona (como sucede en un fragmento de TB, en el que coexisten las construcciones "le doy otra vuelta", con "se le da otra vuelta", que resultan absolutamente equiparables en el texto, lo que da pie a pensar que todas las construcciones con *se* podrían transformarse en construcciones en primera persona, sin que eso introduzca alteraciones fundamentales en la semántica del texto). Del mismo modo, éste podría ir construido total o parcialmente en segunda persona: "Primero ordeñas, luego cueles la leche, a continuación le echas el cuajo, después pones la cuajada en el cincho, etc." Podría construirse con el indefinido *uno* y verbo en tercera persona, en lo que sería una forma de indeterminación de agente análoga a la representada por la construcción con *se*, y con idénticos valores. Por último, cabe la posibilidad de introducir un sujeto-agente con verbo, lógicamente, en tercera persona: "Para hacer el queso, el pastor primero ordeña, luego cuele la leche, a continuación le echa el cuajo, después pone la cuajada en el cincho, etc." En los tres casos además el sujeto puede ir en plural³⁰. Cada una de las cuatro formas introduce sus particulares valores estilísticos. Así, la primera insiste en la indeterminación del agente, por lo que resulta la más usual en este tipo de textos, que se producen para que el agente pueda ser cualquier receptor. El sujeto en primera persona introduce una cierta connotación de modalidad particular de realizar un proceso por parte del emisor, lo que, de alguna manera, parece obligarlo a hacerse presente en el texto. El sujeto en tercera persona parece más puramente "informativo" constituyendo un texto en el que los valores "instruccionales" se subsumen a la mera descripción de unas acciones que realizan agentes específicos, de ahí que sea obligada la referencia a estos. El caso más interesante viene constituido por el sujeto en segunda persona construido con verbo en presente de indicativo, en el que el pronombre no parece expresar un agente real de la acción expresada por el verbo y que teóricamente debiera ejecutar el receptor, sino más bien el valor que César Hernández Alonso llama "impersonalización semántica con forma personal en segunda persona" y que considera propia de la conversación³¹. Obsérvese, sin embargo, que ésta es la única posibilidad que no aparece en ninguno de los tres textos no literarios, por lo que pudiera pensarse que, o bien es propia de las ha-

³⁰ Obsérvese, p.e. en TB "Que aquí es que lo hacemos <el queso> con yerba cuajo.", equivalente a "Que aquí es que se hace con yerba cuajo". Incluso la alternancia en TT entre: "un panal que se llama cuajada" y "el suero, que le decimos".

³¹ Vid. César Hernández Alonso, *Sintaxis española*, Valladolid, 1975 (3ª ed.), p. 95.

blas urbanas, o bien pertenece a niveles sociolingüísticos ajenos a los de los emisores de los textos seleccionados³².

Análogas variaciones pueden encontrarse en el tiempo-modo verbal. Así, además de en presente, el texto se puede construir en infinitivo, en imperfecto, en futuro, en futuro hipotético, en presente de subjuntivo y en imperativo. De las siete posibilidades, el imperfecto y el futuro hipotético hacen prevalecer los valores informativos sobre los instruccionales, en tanto que el infinitivo, el futuro, el presente de subjuntivo y el imperativo resaltan la condición de "instrucciones" del texto. En cuanto al presente, parece manifestarse neutro en este aspecto, señalando por igual ambos valores. Por otra parte, el infinitivo no admite, como es lógico, ninguna de las posibilidades de sujeto arriba mencionadas. La incrementación con *se*, aunque teóricamente posible, es, sin embargo, redundante por cuanto la propia naturaleza del infinitivo suele exigir tal indeterminación, sobre todo en construcciones independientes, y, por ello, no puede resultar frecuente, como tampoco lo resulta el texto con infinitivo, salvo en el caso de que se busque una concisión extremada, rayana en la agramaticalidad. Las otras posibles construcciones, salvo, obviamente, el imperativo, pueden combinarse con las variaciones de sujeto, dando lugar, si mis cálculos son correctos, a veintisiete construcciones posibles "puras", esto es, sin mezclar las opciones del mismo nivel, pero como, según se ve en los textos presentados, tales combinaciones también pueden presentarse e introducirse alteraciones en el tipo de sujeto o en el tiempo-modo del verbo en un mismo texto, la organización sintáctica de esta clase de discursos resulta enormemente variable.

No es, sin embargo, la variación sintáctica la única posible, sino que incluso textos con similar sustancia del contenido pueden diferir semánticamente por el número y estructura de "tópicos" que empleen, aunque los tópicos se formalicen por medio de parecidos cauces sintácticos. Tal variación no es sólo atribuible al sistema lingüístico, o a causas lectales, sino también a la memoria, capacidad o intención del hablante, siendo la causa principal de la individualización de cada texto, aunque luego ésta se vea subrayada por una opción particular entre las múltiples posibilidades sintácticas u organizativas. La selección de éstas puede obedecer a razones de preferencia individual, pero viene determinada también por el subcódigo lingüístico que se utilice (lengua literaria o coloquial) y es posible que además por los mismos motivos por los que se produce variación de índole lectal en los otros niveles lingüísticos. Los textos aducidos más arriba nos presentan, pues, variaciones de niveles diferentes que habrá que ir discriminando hasta llegar a establecer, si existen, cuales son imputables a la modalidad dialectal que emplean los distintos hablantes, con la excepción, claro está, del texto litera-

³² Confirma tal hipótesis el hecho de que en ninguno de los textos dialectales del mismo tipo que recoge M. Alvar en la antología aparezca ningún caso de impersonalización de este tipo y sólo algunos con *uno*.

rio, cuya "dialectalidad" no es que no exista, sino que es de distinta naturaleza a la que aquí nos interesa³³.

Intentaremos observar estas variaciones en los siguientes niveles del texto: determinación y jerarquía de los tópicos de cada texto; formas de principio y clausura textual, si las hubiere; y modos de cohesión textual, con especial atención a tres de ellos: la determinación, el paralelismo sintáctico y los procedimientos de secuencialización que constituyen la forma predominante de conexión sintáctica interoracional en el tipo al que los textos pertenecen, así como el análisis del modelo de construcción que cada texto ofrece, de acuerdo con las posibilidades del tipo textual antes descritas.

a) Estructura de la tónica

De los cuatro textos, el que presenta una estructura tónica más compleja es, sin duda, TL, que se diferencia de los restantes por situar el tópico fundamental (la elaboración del queso) en el centro de una estructura de siete tópicos del mismo nivel, aunque merecen desigual atención en el discurso. De este modo, el texto se abre con dos tópicos introductorios relativos a la localización del ámbito geográfico en el que se desarrolla el proceso que se describe, así como el período estacional en el que normalmente se produce, para pasar a continuación al proceso de elaboración propiamente dicho, que ocupa el grueso del texto. Terminado éste, se añaden cuatro tópicos de carácter conclusivo en los que se refieren las condiciones del lugar en el que las operaciones se efectúan, los agentes que en él intervienen y las funciones que cumplen, las condiciones económicas en que la producción tiene lugar y los procedimientos de comercialización. Es decir, el texto ofrece una información completa en torno a una actividad de carácter socio-económico.

Los otros tres textos son menos ricos desde ese punto de vista, ya que en ellos sólo es posible encontrar información relativa al modo de elaborar el queso. Solamente se puede destacar dos referencias de TC sobre los agentes y el ámbito geográfico en relación con la forma de elaboración. Tales referencias son interesantes porque ambas se presentan con carácter negativo, la primera introduciendo el texto, para afirmar que no todos (se supone que los pastores) son capaces de elaborar el queso de vaca; y la segunda, de carácter conclusivo, situada casi al fi-

³³ Tales variedades "dialectales" no son, con toda probabilidad, precisables geográficamente (aunque no es descartable que en un futuro lo puedan ser. Cuando nuestros conocimientos de los mecanismos de variación textual estén lo suficientemente afinados, tal vez hasta sea posible fundamentar en ellos la existencia de "literaturas regionales", que hoy sólo es posible establecer por criterios puramente externos), pero sí pueden serlo en términos de niveles de lengua, diferenciándose; de este modo, un texto literario, por ejemplo, de un texto científico o estrictamente informativo, etc., dentro del subcódigo general del "lenguaje literal" que distingue Lázaro Carreter, en "El mensaje literal", *Estudios de lingüística*, Barcelona, 1980.

nal del mismo, para hacer ver que no en todos los ámbitos geográficos ("terrenos" es la palabra usada en el texto) se hace el queso de la misma manera.

Estas dos formas distintas de considerar los mismos tópicos (es curiosa también la inversión en el orden de los mismos en ambos textos, situándose en TL la mención al ámbito geográfico al principio y a los agentes al final y en TC justamente al contrario) es quizás reveladora de actitudes diferentes por parte de los emisores con respecto al contenido del texto. En efecto, TL contempla su contenido desde una perspectiva puramente exterior, como la información sobre algo cuyo entorno es también parte de la información que se quiere transmitir. Por el contrario, en los tres textos restantes, los aspectos relativos al ámbito geográfico y los agentes pertenecen a la situación del texto y gravitan en ellos, pero sin hacerse explícitos de manera positiva, salvo en la introducción de la primera persona en TB, la afirmación de la no capacidad de algunos y de diferenciación de los procedimientos de elaboración en otros ámbitos de TC, o la referencia metalingüística en primera persona del plural ("...suero, que le decimos.") en TT. Todos ellos son índices de que el proceso descrito se vincula a un ámbito geográfico que el presunto receptor del texto conoce y que el emisor no pretende abandonar nunca en aras de mayor universalidad. En realidad, tales divergencias son simples manifestaciones de una característica diferencial entre los textos orales y los textos escritos, reiteradas veces puesta de manifiesto: mientras el texto oral se presenta necesariamente inscrito en una situación y en un entorno, el texto escrito carece, en principio, de tales elementos, siendo necesario que los incorpore como elementos internos del propio texto³⁴. Pero además es reveladora de la pertenencia de los textos a entornos diferentes, en el sentido que Coseriu le da al término en el trabajo citado en la nota anterior. Así, TL constituye una descripción de la fabricación del queso en una "zona" determinada, entendiendo por tal el espacio en el que "se conoce y se emplea corrientemente un *signo*"³⁵, de ahí que continuamente se hagan referencias a lexemas particulares de la zona ("zufra" o "zafra", "entremijo", "herrada", etc.), todas las cuales van entrecomilladas para resaltar su carácter de léxico específico, e incluso, ocasionalmente, se traducen a la lengua estándar, ahora bien, el texto en cuanto tal pertenece a una "región" ("espacio dentro de cuyos límites un signo funciona en determinados sistemas de significación"³⁶) totalmente diferente de los tres restantes, ya que se inscribe en la categoría de "texto científico", al que los otros tres son ajenos. En cuanto a estos, si bien tienen el mismo "ámbito" ("región en el que el *objeto* se conoce como elemento del horizonte vital de los hablantes o de un dominio orgánico de la experiencia o de la

³⁴ Vid. E. Coseriu, "Determinación y entorno", en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, 1973, p. 320 y F. Lázaro Carreter, "La literatura como fenómeno comunicativo", en *Estudios de lingüística*, Barcelona, 1981, p. 182.

³⁵ Vid. E. Coseriu, *op. cit.*, p. 311.

³⁶ *Ibid.*

cultura.³⁷), y hasta al mismo "ambiente" (o "región establecida social o culturalmente"³⁸, en este caso la cultura del pastoreo), sin embargo, pertenecen a "zonas" diferentes, como lo pone de manifiesto la utilización de léxicos particulares: así, TC emplea "cincho" y "seclacincho", de los cuales el segundo es desconocido en los otros dos; TB emplea "biombo", frente a "cubo" de TC y "lata" de TT; TT usa "empleita" en vez de "cincho". TC y TT utilizan el sustantivo "cuajá" para designar la leche una vez que se le ha añadido en cuajo, en tanto que en TB el nombre de "cuajada" no aparece, aunque sí lo haga el concepto ("se le echa una ración que se comprenda uno de yerba /.../ hasta que cuaja").

Esta serie de distinciones sobre el entorno de los textos nos permite comprender cabalmente la naturaleza de cada uno de ellos y el porqué de muchas de sus diferencias. TL, por ejemplo, es la descripción de un ámbito asignándolo a una zona específica y de ahí que deba introducirla como parte del texto; en cuanto a TC, TB, y TT constituyen la descripción del mismo ámbito *realizada desde tres zonas diferentes*. Por tanto, TL se ve en la obligación de detallar todos los "tópicos" en que el ámbito del texto puede ser especificado, mientras los tres restantes seleccionan aquellos que sus emisores creen pertinentes en su zona, que son además los que generalmente reciben un nombre particular. Por esta razón, la única descripción completa de la fabricación del queso es la que proporciona TL, en la cual se encuentran todos los tópicos de las otras tres, en tanto que éstas sólo ofrecen algunos. Así, TC desdeña el tópico del suerado, volteo, atablillado y salado del queso, pero en cambio ofrece una pormenorizada descripción del cincho, que los otros no hacen y alude, como hemos visto antes a la incapacidad de algunos para hacerlo, así como a las diferencias en el proceso de fabricación en distintas zonas. TB, por su parte, insiste en el volteado, en la determinación de las cantidades de cuajada vertidas para cada queso, el picado y el recorte de la corteza, que no aparecen en los otros tres, pero desconoce, según apuntábamos más arriba, la cuajada como entidad diferente de la leche. TT ignora muchos de los tópicos de TB, pero insiste en la separación neta de la cuajada como entidad diferente e intermedia de la leche y el queso, así como en la descripción de los objetos empleados ("empleita" y "quesera"). Es decir, en cada zona, el ámbito se concibe de una manera particular, produciéndose, a veces, como en TC, una conciencia de tal diferenciación similar en todo a la que se produce cuando los hablantes caen en cuenta de sus diferencias lingüísticas. Esta diferenciación se traduce, en el nivel de la semántica textual, en una selección propia de los tópicos textuales, dando lugar a una variación dialectal de macroestructuras textuales³⁹, aunque ocasionalmente la

³⁷ *Ibid.*

³⁸ *Ibid.*

³⁹ La diferenciación se produce, por decirlo en la terminología de T. Van Dijk en la formalización de la estructura lógica inicial del texto, esto es, diferencia las R1 o reglas macroestructurales de

inexistencia de un tópico pueda deberse también a una omisión individual condicionada por la memoria del informante. Con el material que estamos manejando es, sin embargo, imposible determinar si existe alguna de estas omisiones inintencionales, para cuya detección habría que operar con varias descripciones del mismo ámbito y de la misma zona. En cualquier caso, eso no puede afectar al principio general de que cada ámbito es susceptible de adoptar configuraciones textuales diversas en diversas zonas, motivadas por esa diversidad zonal.

b) *La delimitación textual*

Aunque todo texto es, por definición, limitado, sin embargo tal delimitación no siempre aflora a la superficie textual, bajo la forma de signos demarcativos del mismo. Esta falta de demarcadores es justificable en TL, al final, dado que se trata de un texto fragmentario, incluido en un espacio textual mucho más amplio. Constituye, pues, una parte autónoma de un texto y, como tal, y por su carácter de literario (y, además, escrito), las marcas textuales del fin son puramente externas, es decir, la clausura textual se establece visualmente por medio de un espacio en blanco al que sigue un nuevo apartado provisto de un título resaltado tipográficamente, que funciona como marca de inicio de otro subtexto. El principio de texto, por el contrario, sí se encuentra explícitamente señalado por la introducción del tópico del texto, acompañado también de un resalte tipográfico (letra cursiva, en este caso).

No sucede lo mismo en TC, TB y TT. En los tres la clausura textual lleva marcas explícitas, aunque distintas. Así, funciona como tal la última frase de TT ("Y ya está el queso hecho."); o la de TC ("Bueno, ya sabe usted cómo se hace queso."); en TB resulta menos evidente, aunque la presencia del adverbio temporal *ya* implique el sentido de clausura: "...pues ya se pone sal por el otro lado." Esta forma de clausura debe ser bastante frecuente en el andaluz, según se desprende de los ejemplos que de la misma se pueden encontrar en *Textos dialectales hispánicos*, la antología preparada por Manuel Alvar: así, un texto de Calañas (Huelva), sobre la fiesta local llamada *la función de la vaca*, transcrito por el propio Alvar en 1955, termina: "Luego las ponía < las "cañamas", esto es, cada uno de los pedazos en que se divide la vaca en la función > en el suelo y cada uno se llevaba la que le tocaba; y ni esta es mejor, ni esta es peor. Y ya está."⁴⁰; otro de Paradadas (Sevilla), sobre el cultivo del maíz, concluye: "Y ya se ha terminado la recolección del maíz."⁴¹. En Setenil (Cádiz) se concluye asimismo una descripción del

cada uno de los textos. Vid. *op. cit.*, p. 211 y también J. Ptoffi y A. García Berrio, *Lingüística del texto y crítica literaria*, Madrid, 1978, pp. 67-68.

⁴⁰ Vid. *Textos...*, II, p. 503. Como en otros casos, prescindo de la transcripción fonética. Cfr. también Ch. Kany, *Sintaxis hispanoamericana*, Madrid, 1963, p. 305 y W. Beinhauer, *El español coloquial*, Madrid, 1963, p. 243, sobre "Y ya está" y sus valores en España y América.

⁴¹ *Ibid.*, II, p. 511.

carboneo, como en Calañas la función de la vaca, con "Y ya está."⁴² Y, del mismo modo, en textos de la provincia de Córdoba (pp. 537 y 543 de *Textos dialectales*), Málaga (p. 546, en dos textos seguidos, uno de Salares y otro de Cártama), y Jaén (pp. 551 y 554). No se encuentran clausuras de este tipo ni en los textos granadinos, ni en los de la provincia de Almería. De todas formas, no siempre el cierre toma la misma forma en los casos citados, pero en todos ellos se detecta como factor común la presencia del adverbio temporal *ya*, utilizado en la acepción 4 del DRAE y que equivale a adverbios o locuciones adverbiales del tipo *finalmente*, *por fin*, *por último*, etc., que no son sino marcas textuales delimitativas, bien de fin de texto o de parte de texto, es decir, de articulación textual, propias de otros niveles de lengua. No es ajeno, sin embargo, a este valor del adverbio *ya* la presencia, precediéndole, de la conjunción *y*, desprovista de sus valores conjuntivos normales y sirviendo, por una parte de enlace extraoracional⁴³ y, por otra, fundando entre todas las secuencias del texto una relación copulativa asindética, en la que sólo se marca con la conjunción el último miembro, esto es, indicando que el miembro siguiente constituye un cierre textual parcial o total.

En cuanto al principio del texto, no está marcado en TC y TT, lo cual es lógico, dado que los textos constituyen la respuesta a preguntas en este sentido formuladas por los respectivos investigadores y, por tanto, son las preguntas, omitidas en la transcripción, las que cumplen el papel de indicadoras de inicio textual. No es raro, sin embargo, que aparezca como principio del texto una alusión al tópico central del discurso, sea explícitamente, como en TB; o implícita o pronominalmente, como en TC: "De las vacas no se hace muy bien, no, las vacas no son todas las personas que *lo* saben hacer, hay muchos que no son capaz de hacerlo."

La existencia de tres formas distintas (cuatro, si contamos como diferentes la referencia implícita y la pronominal en TC) de iniciar el discurso en los tres textos dialectales que manejamos, aunque no sea suficiente para revelar diferencias de orden dialectal entre ellas, sí puede ponernos en la pista de una fuente importante de diferenciaciones si se investiga en el campo de las marcas de iniciación textual, que hasta ahora no parece haber llamado la atención de los estudiosos.

⁴² *Ibid.*, p. 535.

⁴³ Vid. Real Academia, *Esbozo para una gramática de la lengua española*, Madrid, 1973, p.

c) *Mecanismos de cohesión textual*I. *Determinación*

Los procedimientos de determinación constituyen una de las formas más acusadas de variación ente los textos analizados. En términos generales, los sustantivos que aparecen en los textos, sobre todo cuando son nombres de tópicos, vienen, utilizando la terminología de Coseriu, *discriminados*, es decir, actualizados como ejemplos de una clase, representantes de un tipo, o porciones de un objeto extenso⁴⁴: "El proceso de elaboración comenzaría con la preparación del aprisco para el ordeño." (TL); "Se sale del ordeño." (TB), etc. Sin embargo, a veces, un tópico puede presentarse, no solamente discriminado, sino además *cuantificado* ("La cuantificación es la operación mediante la cual se establece simplemente el número o la numerabilidad de los objetos denotados".⁴⁵). La cuantificación es infrecuente en TC (donde sólo aparecen dos ejemplos: "No son todas las personas que lo saben hacer." y "Cuando pasan, por ejemplo, ocho o diez horas...", siendo el primero un caso de cuantificación indefinida y el segundo de definida), y en TT, donde sólo aparece un ejemplo de cuantificación definida: "Se ordeña la vaca en una lata de cinco o seis litros." Por el contrario, TB destaca por la abundancia de sustantivos cuantificados que contiene, mucho más incluso que TL, en contra de lo que pudiera pensarse por la mayor precisión y exactitud que debiera llevar aparejado un texto literario de carácter científico: "seis trapos"; "seis cazos"; "tres vueltas"; "una piedra de un kilo..."; "a las seis o siete horas..."; "una cucharada de sal"; "dos o tres días", etc.

La selección (proceso actualizador que implica, además de la cuantificación, la aplicación de un nombre a un grupo de particulares y, al mismo tiempo una separación entre los objetos denotados y el resto de su clase o tipo⁴⁶) es una forma de actualización común en este tipo de textos, sobre todo para designar los objetos e instrumentos implicados en las operaciones que se describen, es decir, los "tópicos circunstanciales". No existe, sin embargo, uniformidad en los textos en las maneras de presentar tales tópicos circunstanciales. Así, por ejemplo, TT introduce "empleita" y "quesera" por medio de un proceso de selección. "Quesera", no aparece ni en TC, ni en TB, pero el equivalente de "empleita", "cincho", parece en TB simplemente actualizado: "Luego ya se echa en el cincho". Del mismo modo, TC actualiza simplemente el tópico del recipiente donde se echa la leche ("se ordeña en los cubitos, en los cubos..."), en tanto que TB y TT lo seleccionan: "En un biombo que tenemos de la leche..." (TB); o "Se ordeña la vaca en una lata..." (TT). TL alterna los dos procedimientos, aunque con una ligera preferencia por la actualización: "El aprisco queda al aire libre, ordeñándose ---- allí

⁴⁴ *Op. cit.*, pp. 297-98.

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 298.

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 299.

mismo, con el empleo de la herrada..."; o "A continuación, ya en la quesera, es nuevamente filtrado en la 'zufra' o 'zafra'." Pero: "Un primer filtrado de la leche se hará empleando un colador...", etc. En este sentido, TL parece seguir la regla de presentar como actualizado aquellos tópicos que tienen un nombre específico dentro del ámbito y selecciona los sustantivos que designan objetos de uso común en ámbitos diferentes, regla que, en líneas generales siguen también TB y TC, pero cuya aplicación suspende manifiestamente TT al presentar seleccionados y no simplemente actualizados "empleita" y "quesera".

Los *situadores*, esto es, aquellos índices verbales que revelan operaciones en virtud de las cuales los objetos denotados se vinculan con las "personas" implicadas en el discurso⁴⁷, también dar lugar a algunas diferencias. No existen, como es de esperar, dado su carácter de comunicación diferida en TL, pero apenas lo hacen, lo cual resulta ya algo más extraño, ni en TB, ni en TT, mientras que aparecen con relativa frecuencia en TC. En éste hay dos grupos importantes: el primero constituido por todo el párrafo final, en el que casi todos los objetos del ámbito son mostrados ostensivamente al receptor, precedidos por tanto de sus correspondientes situadores défticos: "este < sic > es la cuajada, ese la leche < ... > este es el queso..., etc." Y un segundo grupo de localizadores internos al texto, que no conllevan ostensión y solamente indican una mención previa: "...pues entonces no es comida, es leche, ¿no? Aquella leche, cuando lo matan, se queda cuajada...", se dice en TC para explicar qué es el cuajo. Quizás lo más destacable en este caso es la utilización del situador "aquella", en lugar del más usual (o "frecuente" en este contexto, tanto en la lengua literaria, como en la coloquial) "esta".

En cualquier caso, y por la razón que sea, TC manifiesta una mayor intencionalidad de situar los objetos en relación con el emisor y receptor que los otros tres textos, siendo, por consiguiente, significativa la ausencia de localizadores en TB y TT.

En el campo de la delimitación (operación que modifica "las posibilidades designativas del signo, circunscribiendo la 'denominación' (parcializando el 'concepto'), o 'limitan' la denotación, en sentido extensivo o intensivo, orientando la referencia hacia *una parte* o hacia *un aspecto* del particular denotado"⁴⁸), merece atención particular la de tipo explicativo y la variedad de elementos "explicadores", esto es, elementos que "destacan y acentúan una característica inherente de lo nombrado y denotado"⁴⁹. Tales explicaciones son fundamentalmente de tipo lingüístico y hacen referencia a tópicos específicos del ámbito. Se presentan, sin embargo, de manera distinta en TL, que en los restantes textos. Así, TL introduce el nombre del tópico en la zona estudiada y coloca después la traducción a la lengua estándar por medio de una explicación parentética: "Ya en la quesera es nue-

⁴⁷ *Op. cit.*, p. 301.

⁴⁸ *Op. cit.*, pp. 304-5.

⁴⁹ *Ibid.* Subrayado del autor.

vamente filtrado en la 'zufra' o 'zafra' --antiguamente ollas de barro vidriadas hechas para este fin en Hinojosa del Duque--"; "Batido el cuajo sobre el 'estremijo' --entremijo--...", etc. Por el contrario, TC, TB y TL no realizan ninguna "traducción", como es de esperar, sino una referencia metalingüística al carácter de denominación particular del objeto denotado. Tales referencias adoptan formas distintas en cada uno de los textos: TC utiliza "que se llama", etc.; TB emplea "que le dicen"; y, por último, TT "que le decimos". No deja de ser curioso el contraste entre la forma impersonal que utiliza TB, precisamente el texto en el que la implicación del emisor resulta más patente y la forma de primera persona del plural de TT, que constituye la única --y diluída por el plural-- implicación del emisor en la superficie textual. Es decir, TB se responsabiliza de las operaciones y atribuye a las denominaciones un carácter general, en tanto que TT atribuye ese carácter general a las operaciones y se responsabiliza solidariamente con "otros" de las denominaciones. Lo que ya resulta más difícil de establecer es si tales diferencias constituyen actitudes individuales, como parece probable, o bien son actitudes atribuibles a la totalidad de la comunidad lingüística a la que los textos pertenecen, hipótesis que solamente podría ser admitida tras comprobaciones ulteriores para las que, de momento, no existe material.

2. *El paralelismo sintáctico*

La actual lingüística del texto se viene mostrando bastante más preocupada por la coherencia, que por la cohesión textual y de ahí que haya olvidado casi por completo aspectos importantes de la sintaxis textual. Uno de ellos es precisamente el que queremos resaltar aquí sobre el valor cohesionante de la reiteración de estructuras sintácticas conectadas o no entre sí. Tal reiteración es efectivamente un índice de conexiones semánticas profundas y, al mismo tiempo, una forma de situar determinados tópicos en el mismo nivel jerárquico, lo que permite su conexión por medio de la conjunción coordinada, produciendo el efecto de acumulación expresiva, característico de la sintaxis hablada. Seguramente no es casual que el paralelismo sintáctico sea una de las formas poéticas preferidas por la poesía popular (la mayoría de las veces de transmisión oral) de todas las culturas⁵⁰. Eso es así porque desde siempre se ha caído en la cuenta del valor "textualizador", es decir, como soporte de una estructura textual por su papel de conectar contenidos semánticos y funcionar, por tanto, como índice de coherencia. Por este motivo, y aunque el paralelismo pueda darse ocasionalmente en TL, sólo lo vamos a considerar en los tres textos orales, pues en el primer caso está subordinado en su función a la más amplia y versátil panoplia de conectores que posee la lengua literaria.

⁵⁰ Vid. R. Jakobson, "Le parallélisme gramatical et ses aspects russes", en *Questions de poétique*, París, 1973, pp. 274 y ss. y también nuestro comentario sobre "Poesía española tradicional" en A. Narbona (Coord.), *Textos hispánicos comentados*, Córdoba, 1984, pp. 63-77, esp. pp. 74 y ss.

Entre los paralelismos sintácticos que aparecen en TC, TB y TT cabe distinguir dos grupos: unos que son comunes a los tres y un segundo grupo particulares de cada texto. Es común a todos los textos la reiteración de la construcción con *se* impersonal o pasivo, algo lógico si se tiene en cuenta que tal construcción es la más normal en este tipo de textos. Los otros paralelismos son de muy diverso tipo. En TC destaca sobre todo el último párrafo constituido casi hasta el final por la reiteración de estructuras atributivas con sujeto pronominal y atributo nominal: "Este es la cuajada, ese la leche <...>, este es el queso... etc.". Lo más interesante del párrafo es la construcción asindética, fenómeno similar al que comprobamos en TB: "se le pone una tabla, se le pone una piedrecita, para que suere..."; "<...> le doy otra vuelta, le doy otro apretón...", etc. E igual sucede en TT: "Cuando la leche se cuaja, se hace un panal que se llama cuajada. Luego se le quita el suero, que le decimos."

En resumen, el paralelismo puede sustituir a la coordinación como elemento conector, aunque, a veces, ambos se dan juntos reforzando la conexión textual, en particular cuando los elementos paralelísticos son más de dos. Así, en TC: "Se hace un trocito así, se corta un cachito tierno y se echa un poquito de agua."; en TB: "...lo pico, lo recojo y lo suero..." De todas formas la equifuncionalidad de la conexión con y y el paralelismo queda asegurada porque la construcción polisindética es más frecuente cuanto menor es el número de paralelismo del texto, como sucede en TT, mientras que TC y TB, y, en particular este último, recurren con más frecuencia a la utilización de estructuras paralelas en construcciones asindéticas⁵¹.

3. *Procedimientos de secuencialización y tipos sintácticos*

Los procedimientos de secuencialización y la utilización de los tipos de construcción que enumerábamos más arriba son, sin duda, los aspectos más relevantes de la sintaxis discursiva en los cuatro textos analizados. El primero de ellos resulta fundamental para el tipo de textos de que se trata (no en vano, el hecho de la secuencialización en sí constituye uno de sus rasgos definitorios). En este aspecto se destaca también TL de los otros tres, verificándose en esa separación uno de los caracteres diferenciales más señalados entre la lengua oral y la lengua escrita. En efecto, se ha dicho muchas veces que frente a la abundancia de nexos y elementos de relación interoracional de la lengua escrita, la lengua coloquial se caracteriza por una pobreza de nexos, que obliga a estos a desempeñar funciones múltiples, restándole precisión semántica. En parte esto es cierto y deriva del carácter gramatical de la lengua literaria, frente al carácter eminentemente textual de la lengua coloquial. Pero, precisamente por eso, se puede afirmar que la len-

⁵¹ Así, comp. los ejemplos anteriores con el final de TT: "...y en el arco de lata que es la empleita, se llena de cuajada y se aprieta un poco y se tapa con una tablita y se pone sal. Y ya está el queso hecho."

gua del coloquio no tiene más nexos que los que necesita, pues puede establecer las conexiones por la mera acumulación de elementos expresivos en el seno de la estructura textual, dada su mayor proximidad y dependencia del entorno⁵².

En este sentido, TL se caracteriza por utilizar procedimientos para señalar la contigüidad temporal de las distintas operaciones más numerosos y diversos que TC, TB y TT. Así, TL utiliza "A continuación" para establecer la seriación que une el primer y el segundo filtrado; repite el nexo entre la operación de filtrado y la adición del cuajo. El proceso de cuajado se une al de la adición mediante un participio en construcción absoluta: "Aplicado el cuajo en la zafra...". Por el mismo procedimiento se une el proceso del cuajado con el vertido en los cincho: "Batido el cuajo...". Las siguientes operaciones que se realizan con la cuajada vienen simplemente yuxtapuestas. Por último, la unión entre éstas y la fase de prensado se realiza por medio de la locución adverbial "una vez" + participio en construcción absoluta ("una vez hecho, el queso...").

TC resulta bastante más simple. Une el ordeño con el filtrado por medio del nexo "y luego después" y éste con el proceso de cuajado simplemente con "y", quizás para evitar la repetición del nexo en muy poco espacio de tiempo. Vuelve a repetir "y luego después" por tres veces más, dos para establecer pleonásticamente la conexión temporal entre el cuajado y el encinchado y otra entre éste y el desencinchado, operación con la que da por terminado el proceso.

TB es, de los tres textos dialectales, el más complejo en este sentido, quizás por ser el que más operaciones detalla: une el ordeño, el filtrado y el cuajado de la leche por simple yuxtaposición, para, a continuación, conectar éste con el encinchado por medio de la locución temporal "luego ya". El encinchado y el suerado van conectados por medio de "o sea", que adquiere el valor aproximado de "entonces", y éste se une con las tres operaciones siguientes (picado, recogido y nuevo suerado) por medio de una subordinada temporal introducida por "Cuando" y enlazada con la principal por medio de "O sea, pues..." Las siguientes operaciones, hasta finalizar el último suerado se conectan asindéticamente por medio de la conjunción "y". Particular interés tiene la siguiente subunidad textual, porque en ella se pone de manifiesto un procedimiento esencial en la articulación del texto:

"Una vez que se... ya va suerado, se recoge primero, luego se le da otra vuelta, luego se le da otra vuelta, luego se le da otra vuelta, (...), luego ya se deja."

Como puede observarse, la unión con lo anterior viene establecida por un medio parcialmente similar a otro empleado en TL, sólo que en aquel caso se establecía con "Una vez + participio" y aquí con "Una vez + que + verbo en forma personal." Incluso puede detectarse una vacilación en la construcción que se empieza con un "se", posteriormente corregido por la construcción "ya va suerado", que

⁵² Vid. "Problemas de sintaxis coloquial andaluza", cit., pp. 239-41.

enfatisa el valor perfectivo del verbo. Vienen a continuación tres frases idénticas conectadas con "luego" y se finaliza la subunidad con "luego ya", esto es, el mismo tipo de conector que con más frecuencia se repite entre las oraciones precedentes. De esta forma, el texto parece indicar una jerarquía en la cual las tres oraciones conectadas sólo con "luego" se ven como una unidad y todas ellas se conectan con la siguiente por medio del nexo que se utiliza para unir oraciones del mismo nivel jerárquico. Esta forma de articular el texto se realiza, aunque con procedimientos diversos, también en TL y TC. El primero únicamente suele introducir nexos secuenciales tras punto y aparte, uniendo las acciones en el interior de cada párrafo sólo por yuxtaposición o por medio de conjunciones copulativas. De la misma manera TC utiliza "luego después" o "después ya" para unir operaciones del mismo nivel y conecta las de rango inferior (o las acciones que se consideran parte del mismo tópico) por medio de la yuxtaposición o la coordinación.

TB vuelve a unir por medio de "luego ya" la fase de prensado con el desatallado, conecta por yuxtaposición éste con el primer salado, utiliza nuevamente "luego ya" para conectar éste con el desencinchado, el desencinchado con el recorte por medio de la yuxtaposición otra vez, e inicia un período polisindético uniendo el recorte con el salado por medio de "y ya", los subtópicos del salado sólo con la conjunción copulativa e introduce "pues ya..." como elemento que une el último de estos y funciona como marca de cierre textual.

Por último, TT presenta una articulación bastante más simple. En él aparecen sólo tres formas de nexo secuencial: la yuxtaposición que une ordeño y filtrado, una oración subordinada adverbial, introducida por "Cuando...", con que se une el cuajado con la fabricación de la "cuajada" y dos "luego" que unen ésta con el suerado y el suerado con el encinchado. Todos los demás "tópicos" vienen conectados por medio de la conjunción copulativa y contruídos en períodos polisindéticos, sin que las jerarquías de esto se marque nada más que, a lo que parece, por procedimientos entonativos, indicados en la transcripción por medio de los signos de puntuación. Solamente hay que exceptuar la última oración, encabezada con "Y ya...", con valor de clausura, como apuntamos en su momento.

Como puede verse, los cuatro textos manifiestan procedimientos diversos para expresar la secuencialización de las acciones. Sería aventurado, sin embargo, atribuir, sin más, cada uno de tales procedimientos al ámbito lectal al que cada texto pertenecen, pues en esa variación entran, sin duda, en juego preferencias individuales, capacidad lingüística de los hablantes, etc. En cualquier caso puede resultar interesante inquirir si existe un conjunto de procedimientos de este tipo diferenciado para cada zona dialectal, o bien una marcada preferencia por alguno o algunos de estos tipos en los distintos dominios dialectales del español. Estamos, pues, ante un terreno, desconocido hasta el presente, que la dialectología textual habrá de explorar en el futuro.

En cuanto al tipo sintáctico, es TT el único en mantenerse cercano a un tipo "puro", que en este caso es el más común: construcciones con verbo incre-

mentado con *se*, del que sólo se separa en una frase incidental ("Luego se le quita el suero, que le decimos."), que ya hemos comentado con otro propósito, TC se mantiene asimismo próxima a este tipo, pero su naturaleza dialogal, que se manifiesta además por la abundancia de *situadores* que comentábamos más arriba, lo hace, a veces, buscar construcciones de otro tipo, en respuesta a los tópicos propuestos que constituyen cada una de las preguntas que el interlocutor realiza al informante.

TB presenta dos estructuras equiparables: la construcción con *se* y la construcción con primera persona. Cabe destacar, sin embargo, que tales construcciones no aparecen mezcladas indiscriminadamente, sino que, las frases con sujeto en primera persona se agrupan sobre todo en dos subunidades textuales situadas en el centro del texto y que además refieren precisamente los tópicos que no aparecen en los otros textos dialectales. Vendría esto a confirmar entonces lo apuntado más arriba, en el sentido de que las construcciones en primera persona introducen una connotación de modalidad individual de realizar las operaciones designadas, en las que el emisor no quiere implicar a otros posibles agentes. Eso explica que, en determinados momentos, alternen las construcciones con *se*, con las de primera persona, designando las primeras las operaciones o características que el emisor considera generales. Así, por ejemplo, la primera vez que TB abandona la construcción con *se* lo hace para introducir una explicación que designa una modalidad de realización que, en la conciencia del hablante, puede resultar diferencial con respecto a otras "zonas" del mismo "ámbito": "Que aquí --dice-- es que lo hacemos con yerba cuajo". Obsérvese que, en este caso, único en el que aparece un situador en el texto, se emplea además la construcción en primera persona del plural, porque la diferenciación de que el hablante es consciente no resulta individual, sino que especifica la zona con respecto a otras de ese mismo ámbito. Cumple así esta construcción una función análoga a otras de TC en las que se pretendía segregarse el "terreno" del texto de otros donde el queso se realizaría de otras maneras, y que también comentamos en su momento. La introducción de la primera persona del singular en el TB es ilustrativa porque en ella se hace visible el paso de un tipo de construcción a otro:

"Luego ya, se echa en el cincho, o sea, se le... yo normalmente me parece que son seis cazos o siete lo que le echo."

En ella podemos observar como el hablante corrige su primera intención de mantener la construcción con *se* para pasar a la de primera persona desde el momento en que piensa introducir una cuantificación de la que sólo él puede responsabilizarse. Buena prueba de ello es la topicalización con que construye la frase,

por medio de una "dislocación de izquierda"⁵³, que anticipa el complemento directo y lo reduplica mediante "lo que".

A partir de "cuando ya tengo comprendido..." hasta "...y le doy otra vuelta", la construcción en primera persona se mantiene en toda la subunidad textual, para desaparecer definitivamente desde ahí hasta el final, recuperándose la construcción con *se*, precisamente en operaciones en las que no tiene cabida la variación individual (prensado, desencinchado y salado).

Por último, TL se nos aparece como el texto donde se dan cita la mayor cantidad de posibles "tipos sintácticos". Respecto al sujeto, se mantiene el predominio de la construcción con *se*, pero se matiza por medio de diversos recursos sintácticos, como el de construir como principal una oración semánticamente subordinada y subordinando (generalmente por medio de una forma no personal del verbo) la oración semánticamente dominante. Así, el tópico de ordeño se expresa mediante tal inversión:

"El aprisco queda al aire libre, ordeñándose --por la mañana y a mediodía-- allí mismo..."

E igual sucede con el cuajado:

"Después, la leche se dejará reposar, cuajándose en un plazo de dos o tres horas..."

Por otra parte, la referencia a los agentes, al ámbito de elaboración, período estacional, etc., motivan la existencia de construcciones fuera de las establecidas para el tipo sintáctico.

La mayor variedad la encontramos, sin embargo, en los tiempos verbales, pues, mientras los otros tres textos se mantienen inalterables en el presente, en TL aparecen prácticamente todas las posibilidades apuntadas, con la excepción del infinitivo y el imperativo, quizás porque son los que, de una manera más marcada, resaltan los valores intruccionales de esta clase de texto. Tratándose de un texto puramente informativo, como se desprende de su carácter de texto científico, no es de extrañar la presencia de las formas verbales en las que domina esta faceta, como el imperfecto o el futuro hipotético, ni, por supuesto, el presente. Sin embargo, sí puede resultar chocante la presencia de futuros:

"Un primer filtrado de la leche se hará empleando un colador con soporte de madera..."

"A continuación se le añadirá el cuajo...", etc.

Pero tales futuros, enmarcados entre otras formas temporales, carecen del valor obligatorio etimológico que presentan los textos en los cuales la construcción con

⁵³ Vid. M.L. Rivero, "On left dislocation and topicalization in Spanish", *Linguistic Inquiry*, 11.2, 1980, pp. 363-93; y F. Rodríguez-Izquierdo Gavala, "Procedimientos de topicalización en el habla culta de Sevilla", en F. Rodríguez-Izquierdo (ed.), *Sociolingüística andaluza. 3. El discurso sociolingüístico*, Sevilla, 1985, pp. 31-49, esp. pp. 34 y 36.

futuro es dominante (de hecho, esta posibilidad constructiva no puede decirse que esté vigente en la actualidad, sino que más bien conforma un grupo de textos muy específicos de carácter religioso o mágico, la mayoría de los cuales, además, son traducciones).

En conclusión hemos podido observar cómo, pese a que cada texto puede concretar su particular propuesta designativa y/o actuativa dentro de unos amplios márgenes de libertad, ésta, sin embargo, no es total. El emisor, en efecto, se encuentra constreñido, aparte de por la regulación sintáctica de la lengua, por la propia del tipo de texto en el que su discurso se enmarca y, aunque éste ofrece también amplias posibilidades de selección individual, hay otras alternativas que no parecen ser objeto sólo de una variación "libre" o "inherente", sino que obedecen a preferencias que no siempre son intencionales, sino probablemente asumidas de manera más o menos consciente por el hablante como parte de los hábitos lingüísticos de la comunidad a la que pertenece.

Esto es, los mecanismos de producción textual varían en la misma medida y de la misma manera que los otros niveles del lenguaje y, por tanto, una "dialectología textual" no sólo es posible, sino necesaria para comprender cómo funciona el texto en cuanto unidad lingüística y cómo de verdad se expresan y viven en ella los usuarios de cualquier lengua.

La tarea que abre el acercamiento entre la dialectología y la lingüística del texto es enorme y apasionante para ambos: será preciso, por una parte, afinar el, a veces, chirriante mecanismo de análisis textual que la lingüística pone a nuestro alcance, realizar una tipología sobre bases científicas de los textos y, a partir de ahí, hacer efectiva una ingente investigación de campo, pertrechados de cuestionarios textuales para recoger el material que permita establecer las comparaciones pertinentes para conocer los mecanismos de producción textual de cada dominio dialectal, de cada nivel o de cada registro lingüístico, tarea que rebasa la capacidad de un lingüista o incluso de un equipo de investigadores y, tal vez, requiera la de una generación entera de filólogos. En todo caso, el camino se hace al andar y sólo es cuestión de emprenderlo.